

## ***OCHENTA POEMAS PARA MARÍA TERESA.*** **UNA ANTOLOGÍA MANUSCRITA DE LUIS Á. PIÑER**

JUAN MANUEL DÍAZ DE GUEREÑU

*Universidad de Deusto, San Sebastián*

### RESUMEN:

*Ochenta poemas* es uno de los originales de Luis Álvarez Piñer que guarda el Centro de documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid. El librito es una antología manuscrita de poemas, que Piñer preparó como regalo para su mujer cuando se cumplieron cuarenta años desde el día en que ambos se conocieron. Este artículo explica las circunstancias en que fue compuesto y analiza sus motivaciones y su lugar en el conjunto de la obra poética de Piñer.

### PALABRAS CLAVE:

Luis Álvarez Piñer, guerra civil, poesía, original manuscrito, antología.

### ABSTRACT:

*Ochenta poemas (Eighty Poems)* is one of the Luis Álvarez Piñer originals that the Centro de Documentación of the Residencia de Estudiantes in Madrid keeps. This little book is a handwritten anthology that Piñer prepared as a present to his wife to celebrate the fortieth anniversary of the day they met. This article explains the circumstances under which it was made and it also analyses its motivations and its place in Piñer poetical work as a whole.

### KEYWORDS:

Luis Álvarez Piñer, civil war, poetry, handwritten original, anthology

Entre los originales de Luis Álvarez Piñer (1910-1999) depositados en el Centro de documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid, llama la atención por su cuidada factura un librito titulado *Ochenta poemas*, una antología manuscrita de sus versos. Una nota escrita en un papelito verde que el poeta insertó entre las primeras páginas deja claro que la preparó como obsequio y homenaje a la compañera de toda una vida: “Original compuesto para M<sup>a</sup> T<sup>a</sup> al haber vencido ya los *cuarenta años* de nuestro encuentro”.

Dicha nota completa el sentido de la dedicatoria que encabeza el volumen: “Con María Teresa”, la misma que figuró años después en las dos ediciones de poemas que Piñer autorizó en vida, de las que fui responsable, la antología *En resumen (1927-1988)*, en 1990, y la compilación de su *Poesía* en 1995, publicada ya tras la muerte de su esposa. *Ochenta poemas* agrega bajo las tres palabras citadas dos fechas enlazadas, “13-12-39 — 13-12-80”, que, además de definir el carácter conmemorativo

del original, lo datan. Ambas fechas dibujaron la relación con su mujer en el momento en que el poeta preparó este regalo para ella.

Unas páginas antes, en la portada del original, debajo del título y la firma del autor, figura otra secuencia de fechas distinta: “1930-1980”. Delimita el periodo en que fueron escritos los poemas, aunque lo hace por aproximación, con intención obvia de redondear el periodo en unos rotundos cincuenta años.

En este pequeño original se enlazan, por tanto, las dos determinaciones esenciales de la existencia de Piñer: su relación con María Teresa y su relación con la poesía. Ambas contribuyeron decisivamente a configurar un mundo propio en que el poeta pudo pervivir a pesar de las penalidades de su tiempo y contra ellas. Pues conviene recordar que en aquel año 1980, Piñer llevaba más de cuatro décadas de silencio editorial. Aunque había continuado escribiendo versos y prosas, que de vez en cuando puso en limpio, desde el estallido de la guerra civil había evitado la imprenta. El sentido del original regalado a su mujer deriva también de ese largo silencio, que dio forma y sentido a su actividad creadora, al convertirla en reducto íntimo y seña de identidad.

### **Diciembre de 1939: el encuentro**

En junio de 1939, concluida la guerra civil y ya desmovilizado, Piñer decidió dirigirse a Orense, para probar a iniciar una nueva vida allá. No tenía muchas alternativas. De retornar a su Gijón natal, sabía que le esperaba una muerte cierta. Ya estando preso tras la caída de la villa asturiana, en el otoño de 1937, se libró por azar del paseo definitivo. Consideró también la posibilidad de exiliarse a algún país hispanoamericano, pero no encontró modo de realizar tal proyecto, al que alude en alguna carta a Diego (Piñer y Diego, 2001: 208 y 212).

Orense le había servido por dos veces de refugio de paso: en junio de 1938, cuando salió del campo de concentración pontevedrés de Camposancos, y en agosto del mismo año, cuando una herida de metralla lo condujo al hospital militar de la ciudad por unos meses (Díaz de Guereñu, 2010: 28-30). La mediación de algunos conocidos, entre ellos Ignacio Aguilera, buen amigo de Gerardo Diego, le facilitó la convalecencia, pero no lo libró de volver al frente (Diego, 2003: 60).

La decisión de volver a Orense se demostró pronto acertada, pues al poco de llegar encontró trabajo como profesor en el prestigioso Colegio Cardenal Cisneros, cuyo director, Ruperto Martínez Trincado, fue amigo y apoyo constante en años

sucesivos, en que Piñer padeció repetidos encarcelamientos y hubo de eludir persecuciones y represalias con la complicidad de nuevos amigos.

En diciembre de 1939, no cumplidos aún los seis meses de su arribada a la ciudad, Piñer vivía casi literalmente de prestado, gracias a la generosidad de gentes que poco antes ni siquiera lo conocían y que le habían procurado modo de ganarse el sustento y alojamiento. Vivía en términos muy precarios, sin apenas ropa o libros: “De nada tengo nada”, le escribió a Diego (Piñer y Diego, 2001: 217). El miércoles 13 de diciembre llevaba la suela del zapato atada con alambre o cordel para que no se le desprendiera.

Aquella tarde, Piñer vio a una muchacha que transitaba por la acera de enfrente, cuya belleza le llamó poderosamente la atención. En un arranque inopinado, cruzó la calle, se acercó a ella y le dijo: “Menos mal. De cerca no eres tan guapa.” La joven recibió la impertinencia con una media sonrisa que años después explicó al poeta: desde aquel instante, ella supo que su vida estaría ligada en adelante a la de aquel insolente desconocido.

El gesto, más osado aún por tintado de humor, no se compadecía con su situación de hombre al que apenas se le consentía una libertad provisional e insegura. Pero los dos jóvenes comenzaron a verse al poco. Según Piñer, aquel paso tan ajeno a la lógica marcó un nuevo periodo de su existencia, fue hito decisivo de “aquella larga —y dulce— agonía del regreso a la vida” de la que habló la prosa que cierra su *Recordatorio de Ramón Cuesta* (Piñer, 2010a: 123). La distancia que separaba aquel día al desastrado superviviente de la muchacha a la que abordó era, sin embargo, enorme.

Se llamaba María Teresa Méndez García, había nacido en La Coruña en marzo de 1914, hija de un comandante del ejército que, habilitado como teniente coronel, fue destinado a Orense. La joven, alta y delgada, era bella, desde luego, pero además destacaba por su elegancia y marcaba en la ciudad la pauta del buen gusto; era, en suma, señorita bien por antonomasia. Bajo tal fachada deslumbrante bullía la inteligencia despierta de una lectora empedernida de literatura y filosofía, que sentía simpatía por los ideales progresistas.

En los años sucesivos, la muchacha dio sobradas pruebas de firmeza de carácter, coraje y capacidad de sacrificio, con los que hizo frente a las consecuencias de haber decidido emparejarse con aquel paria. Sacrificó su propósito de estudiar Filosofía y Letras para examinarse atropelladamente en unas pocas convocatorias de las materias de Magisterio, sacarse unas oposiciones —en las que consiguió el número uno— y ganar un sueldo que les proporcionara sustento.

La anotación más sustanciosa y extensa del poeta en sus cuadernos personales acerca de aquel primer encuentro y sus consecuencias, datada cincuenta años des-

pués, el 13 de diciembre de 1989, alude a varias situaciones que describen la difícil vida de la pareja en Orense durante los primeros años de la posguerra:

Hoy hace, exactamente, cincuenta años que conocí a quien sería mi esposa. En Orense. Recuerdo perfecta y exactamente el punto aquel en que la Casualidad, en forma de destino, hizo converger nuestras dos trayectorias y a mí capaz, por única vez en mi vida, de no dudar ni preguntarme. Echado allí por los múltiples acontecimientos, una vez terminada nuestra absurda guerra incivil, sin nada en el horizonte de que echar mano para enderezar mi vida, imposibilitado de volver a la familia por razones obvias y de escaparme ya al monte como un día estuve ya decidido a hacer, me dirigí a lo menos lógico: a una mujer hermosa, de vida resuelta, hija de enemigo oficial (jefe como era su padre en el ejército vencedor) y considerada en su entorno casi como una belleza oficial. ¿Razones? Si hubiera tenido siquiera una, me hubiera hecho dudar. Pero felizmente no la tenía ni la necesitaba. Si hay algún movimiento que yo haya hecho en mi vida entregado sólo a la fatalidad instintiva, éste es. Lo extraño, lo verdaderamente sorprendente fue la acogida. Yo ni era hermoso, ni gallardo, ni bien vestido, ni tenía detrás de mí o conmigo alguna posición que poder ofrecer. ¿Por qué fui impulsado, como ciego, a chocar con un tan decidido destino como me esperaba? Y a lo largo de la vida que había de venir después, he seguido manifestándome así: desvalido, incapaz, escaso, demasiado poco comunicativo y hasta a veces aparentemente egoísta. Y, no obstante todo ello, no he perdido ni un solo momento ni el calor ni la ayuda de aquel ser absolutamente ignorado por mí hasta este día que hoy conmemoro. Por momentos difícil; por momentos heroico. Recuerdo aquellas “visitas” tuyas a la cárcel, metida en el agua del río sucio (un regato apenas) para entreverme; la recuerdo acompañándome en una “conducción ordinaria” por una ciudad en la que era particularmente valorada; la recuerdo amaneciendo antes del alba para atender a un trabajo, para el que nunca supe si tenía realmente vocación, con el que cubrir nuestras necesidades que yo no podía atender; la recuerdo, sobre todo, en sus cartas cuando las obligaciones laborales de ambos nos separaban, y en nuestros encuentros, y en nuestras separaciones. (*Cuaderno 6, 1989-1991*: 39)

Aquel encuentro con una bella desconocida, que al poco iba a asumir la dura tarea de ser la compañera del derrotado, significó para Piñer el comienzo de una nueva vida. A los pocos meses de aquel primer contacto, regaló a María Teresa un ejemplar de su único poemario, *Suite alucinada*, que había mandado imprimir en febrero de 1936, sólo unos meses antes del inicio de la guerra. Y trazó esta dedicatoria: “Sita: Entiendo que he / llegado. Gracias. / Luis / En Orense, 1940”. El largo camino de regreso a la vida desde el campo de la muerte de Camposancos terminaba allí, junto a la mujer que lo acompañó ya siempre.

## Con María Teresa

Luis Álvarez Piñer y María Teresa Méndez García se casaron el 3 de junio de 1947, siete años y medio después de su encuentro. Las circunstancias del derrotado y perseguido (hay constancia entre sus papeles de encarcelamientos en marzo de 1941 y marzo de 1943; hubo más) limitaban mucho sus posibilidades de ganarse la vida y de hacer planes de futuro. Los casó al amanecer un cura amigo, en presencia de sólo un par de testigos, para poder luego marchar al trabajo, como cualquier otro día. Por entonces, ambos eran enseñantes en el Colegio Luis Vives, y Piñer oficiaba además de jefe de programación y locutor en Radio Orense, EAJ 51, en la que había creado años atrás, en 1942, la emisión literaria “Musa al Noroeste”.

El 19 de abril de 1949 nació Maite, la única hija del matrimonio. Pero Piñer hubo de ganarse el sustento en quehaceres a veces peregrinos, que lo condujeron al poco lejos de Orense, donde quedaron su mujer e hija. Trabajó en el amillaramiento y catastro de las provincias de Zamora y Lugo, fue administrador de un espectáculo de cabaret en Madrid, vendió mobiliario escolar por todo el país. Su errática vida laboral sólo alcanzó estabilidad cuando consiguió un puesto de administrativo en la delegación madrileña de la barcelonesa Caja Previsora de Crédito Cibeles, en la que trabajó hasta su jubilación.

Esta última ocupación y la plaza de maestra que María Teresa logró en las cercanías de la capital hicieron posible al fin que en 1955 la familia se reuniese. Residir en Madrid facilitó una vida discreta al republicano perseguido. Aunque en una de las detenciones que sufrió su hija Maite por sus actividades estudiantiles de oposición a la dictadura, un policía le advirtió de que su padre tenía una larga ficha en el archivo por rojo, no hay noticia concreta de que sufriera ya hostigamiento o acoso.

Su actitud personal y sus actividades fueron bastante menos conspicuas en la capital. En Orense, ciudad pequeña y alejada de cualquier centro de producción cultural, un hombre de la formación y la personalidad creadora de Piñer descollaba entre quienes participaban en actividades culturales. Como resumió con ironía en una carta a Diego de 13 de febrero de 1941, aludiendo a un verso de *Alondra de verdad* del santanderino: “Creo que *malgré tout* soy el ruiseñor que eleva la rosa aquí” (Piñer y Diego, 2001: 224). En Madrid, en cambio, se acogió a una discreción casi absoluta. Y prosiguió su propia escritura poética al margen de todo, en secreto.

Tal cambio de actitud lo explica el poeta al recordar los insólitos frutos que resultaron de los años difíciles en Orense. Rememorando cincuenta años después las iniciativas culturales que dieron lugar a la revista *Posío*, con ocasión de la reedición facsímil de ésta en 1995, Piñer valoró de este modo las circunstancias de las que brotó:

Creo que bien vale la pena imaginarse ahora, para valorar voluntades, situaciones y resultados, lo que podía ser y lograr la vida en una ciudad tan chica y tan cerrada como Orense al comienzo mismo de la posguerra y especialmente para quien, como yo, “venido del frío”, entraba en ella a sobrevivir. El que partiendo de la labor de las clases se configure lo que llamamos *Círculo Azor* y luego *Posío*, significa un pequeño milagro íntimo. (Piñer, 1995b)

Los estrechos horizontes de aquel Orense de posguerra no impidieron que brotase aquel “pequeño milagro íntimo”, porque tuvo su terreno propicio en su trabajo como profesor. Piñer supo trazar el camino que le permitió llegar hasta los entusiasmos literarios de algunos alumnos y encauzarlos; probablemente porque en aquellos muchachos se reconocía y recobraba algo del fervor que animó su propia adolescencia en Gijón, perdido tras la quebradura de la guerra civil. Pero las constricciones de aquel tiempo y la necesidad de ganarse el sustento alejaron a Piñer de la enseñanza. Su empleo definitivo en Madrid le proporcionó estabilidad, pero no las incitaciones al activismo cultural que encontró siendo profesor y amigo de muchachos con inquietudes en Orense.

También se afirmó como una actitud permanente su negativa a publicar, nacida en la primera posguerra como reacción espontánea e irreflexiva para defender su mundo privado, en el que la creación poética representaba una libertad esencial. Piñer siguió escribiendo poesía para sí mismo, sin siquiera tomar en consideración la posibilidad de publicarla sino en forma de hipótesis para un futuro tan lejano que ya no debía afectar a su experiencia personal. Tal condición de poeta oculto conformó también la imagen que se forjó de su relación con María Teresa.

Sin embargo, ni antes ni después de asumir como definitivo el silencio editorial dejó de tratar su poesía también como obra, que requería ocasionalmente revisar y ordenar los textos en libros. En 1966, por alguna razón que luego olvidó, Piñer emprendió la tarea de seleccionar, organizar y pasar a limpio sus versos. Compuso así dos volúmenes encuadernados que tituló *En un largo silencio*, que reunieron composiciones escritas entre 1936 y 1966, agrupadas en seis poemarios. Hizo coincidir la fecha en que dató el colofón con el treinta aniversario del glorioso alzamiento de Franco contra la República, para subrayar así el peso de la época en aquella tarea realizada pese a ella, en la más estricta intimidad. Luego, en fechas sucesivas —en 1971 y en 1980— puso en limpio y reunió los poemas anteriores y posteriores, siempre a solas.

Las circunstancias personales en que completó la última recopilación, en 1980, interesan particularmente aquí, pues dicha fecha es también la de *Ochenta poemas*. En 1979, Piñer sufrió alteraciones bruscas de la tensión sanguínea, primer achaque

serio de salud que le condujo por primera vez después de la guerra al hospital. Consecuencia de tal incidente fue que resolvió jubilarse. Decidió también reunir en los volúmenes tercero y cuarto de *En un largo silencio* los libros y poemas compuestos desde 1966, pensando abandonar la escritura de poemas, para la que temió no gozar ya de la plenitud intelectual necesaria. Tal es el contexto en que decidió preparar el original de *Ochenta poemas* para su esposa.

### **El mejor acreedor del poeta**

La anotación de 13 de diciembre de 1989 con que Piñer rememoró en su diario personal el encuentro con María Teresa y sus consecuencias, transcrita en parte más arriba, concluye con unas líneas en que el poeta hace balance de la relación que se inició de manera tan inesperada:

Cincuenta años entre primer encuentro y convivencia que dan hoy, para mí, un saldo significativamente positivo. No podría señalar yo matemáticamente la parte de mí mismo que le pertenece, que se debe a su mano. Principalmente en la configuración definitiva de mi espíritu, esa parte nebulosa que uno no acaba de ver en sus términos cabales hasta cuando ya cualquier recomposición es imposible.

(...) Ahora, ya pudiendo contabilizar una innumerable serie de carencias en lo físico y en lo mental, se afianza mi convicción de que quien todavía me acompaña es mi máximo y mejor acreedor. (*Cuaderno 6, 1989-1991: 39-40.*)

El poeta celebra el encuentro y la convivencia con su compañera, pero también dibuja un acusado contraste entre “el continuo aporte” de María Teresa y el suyo propio. Una y otra vez asoma a sus textos el temor de haberla decepcionado o de no haberle entregado lo que ella hubiera debido recibir. Por eso encontró satisfacción en cuidar de su esposa los últimos años de vida de ésta, cuando una salud ya muy quebrantada le impuso muchas limitaciones. Sufrió primero, en 1958, una fimias peritoneal que requirió dos intervenciones quirúrgicas; se sumaron luego problemas cardíacos, que forzaron su jubilación en 1969, con sólo 55 años de edad, y una osteoporosis severa. En los años ochenta, María Teresa era casi una inválida.

Los cuidados que prodigó a su esposa en la ancianidad pretendían compensar lo que el poeta estimaba un defecto grave de su carácter, que le dolía al volver la mirada atrás, a su relación con María Teresa: la incapacidad para la efusión emocional. En una anotación en su cuaderno datada el 19 de agosto de 1993, unas semanas después del fallecimiento de su mujer, Piñer dejó escrita su pena en estos términos:

Mucho repetía yo para mis adentros aquellos versos míos de hace tantísimo tiempo

¡Ha de quedarme todo por decirte!  
Se me enreda en el alma tartamuda  
el esfuerzo sin gloria de la duda  
dejándote morir por miedo a herirte

porque, a la larga, la vida lo había hecho verdad y no valía a mi conciencia el hecho de una larga entrega final, en cuerpo y alma y con olvido de todo deseo personal propio; una entrega que, por otra parte, me otorgó el mayor tesoro de felicidad de que he podido gozar en la vida; no valía, digo, frente al escozor del enorme déficit que por mi parte se había producido por miedos y temores, por manifiestas incapacidades para la creación de vida. Esa timidez radical nos hace miserables y ahora me acuso yo de haberlo sido, y mucho, frente a quien ya se ha quedado sin saberlo. Recuerdo, no obstante, para alivio de mi conciencia, que en una de sus cartas atropelladas, del año 53, en un momento en que todavía estábamos trabajando separados a la espera de un milagro que, al fin, logramos, terminaba su pliego diciéndome: sé que tú eres así y así te quiero. Pero no es bastante. Esa sensación de deuda impagada me duele igual. (*Cuaderno 7, 1991-1994: 48*)

Los versos citados son los de la primera estrofa de un soneto sin título incluido en el poemario *Los días iguales* (Piñer, 1995a: 193). En ese trance del duelo Piñer recordó un poema porque la poesía fue para él medio de expresar lo que acaso no hallaba otro cauce adecuado. Lo mismo que el amor en su plenitud, las cortedades e insuficiencias de su modo de amar se traslucieron en sus versos.

Además, la poesía, la otra pasión de su vida, formó parte de ese nudo de emociones y contribuyó igualmente al sentimiento de gratitud y al peso de la deuda. En los primeros días tras su encuentro en Orense, Piñer se había presentado a María Teresa como poeta. Ella guardó siempre entre sus papeles un envoltorio de tabaco en el que Piñer garabateó con un lápiz, sobre la mesa de un café, unos versos improvisados para prueba al momento de su talento oculto. Luego, a los pocos meses del inicio de su relación, le dedicó el ejemplar de *Suite alucinada* mencionado arriba.

Pero, pese a dicha tarjeta de presentación, el poeta callado escribía sin difundir sus versos ni prestar oídos a los pocos amigos que conocían su labor y lo empujaban a editarlos. Fue el suyo un modo de ser poeta como si no, que María Teresa confortó, lo que añadió nuevos motivos para que a Piñer lo abrumase esa mezcla de reconocimiento y tribulación por la obligación contraída con ella.

María Teresa fue su primera y a menudo única lectora, aunque sólo queda alguna tenue huella casual de ese papel en documentos dispersos. La más elocuente es sólo

un eco en los cuadernos personales de Piñer. Tras la muerte de su mujer, y en el proceso de duelo, el poeta rememoró en ellos lo que habían vivido juntos. Su anotación del jueves 16 de setiembre de 1993 se refiere a unas cartas recibidas de ella en 1953, cuando vivían y trabajaban lejos uno del otro, y conservadas desde entonces. El poeta cita algunas frases sueltas de dichas misivas, que después de esa relectura destruyó y de las que, por tanto, tan sólo restan las frases citadas como testimonio. Glosa el poeta en su cuaderno: “Al lado de un comentario de máxima intimidad, añade sin más comentarios: ‘Te devuelvo tus poemas. Espero más’.” (*Cuaderno 7, 1991-1994: 53-54*)

Ese escueto “Espero más” de María Teresa deja entrever, en primer lugar, que tal trasiego de poemas fue algo habitual, no suceso desacostumbrado que mereciera comentario más amplio. E implica, además, que la mujer del poeta lo anima a la tarea secreta. María Teresa no sólo había de ser la dedicataria única de la poesía de Piñer: antes fue su primera destinataria y lectora, la persona a la que podía entregar sus versos sin por ello quebrar la resuelta privacidad de la labor en que encontraba su libertad.

A Piñer, sin embargo, le pesaba la intuición de que a su “mejor acreedor” le hubiera complacido verlo investido en público de los honores del poeta, que confirmó la tranquila satisfacción de María Teresa por el Premio Nacional de 1991. Su particular ejercicio de la poesía agrandó en su espíritu la deuda impagada que lo vinculó a su mujer. El amor de ésta, precisamente porque nunca le exigió nada en ese sentido, le presentaba la más apremiante requisitoria que pueda imaginarse, la que nace de la convicción íntima de haber fallado a quien lo dio todo. Conviene tener presente este nudo de sentimientos para comprender el sentido y el papel de *Ochenta poemas* cuando el poeta lo compuso.

## **El obsequio**

En 1980, Piñer seguía encerrado en su largo silencio, componiendo poemas que nadie había de leer, pero los achaques de salud en 1979 le indujeron a suponer que se le había acabado acaso el tiempo de escribir poemas. De ahí el impulso de pasar a limpio y dejar convenientemente dispuesto lo que llevaba escrito.

La composición de *Ochenta poemas* fue labor paralela a esa de dejar su obra en textos limpios y ordenada; paralela y bien distinta. La hechura de los originales resultantes, muy diferente, declara las diversas intenciones que lo animaron en uno y otro caso. Los volúmenes de *En un largo silencio*, encuadernados con cubiertas rígidas y con los textos cuidadosamente mecanografiados en páginas de buen tamaño (20,5 x 21,5 cm), constituyeron una versión final de dichos poemas, una especie de

legado definitivo de su labor poética, destinado a un lector hipotético, en una especie de “a quien pueda interesar”. En ellos importaba sobre todo la legibilidad y la limpieza en la ejecución que preservaran los textos.

*Ochenta poemas*, de tamaño mucho menor (16 x 11 cm), encuadernado en piel y manuscrito, se presenta por comparación como un volumen íntimo, en el que cuenta sobre todo la caligrafía personal del poeta y su cuidado amoroso de los detalles en un regalo con destinataria única. El poeta entrega lo mejor o lo que él más estima de sí mismo, una selección manuscrita de sus versos, como para confirmar la importancia del vínculo que celebra. Frente a la labor minuciosa, propia casi de un responsable de edición, la del artesano amoroso. Frente al rigor, el primor.

Piñer tuvo siempre un aprecio particular por esta antología. En una anotación en su cuaderno personal del 10 de noviembre de 1993, otra de las escritas tras la muerte de su compañera, incluye *Ochenta poemas* entre “los tres libros que yo he podido dedicar en vida a mi mujer”, junto a *Suite alucinada* y *En resumen*. Lo califica como “el único verdaderamente suyo”, y se refiere a él en estos términos: “librito al que tengo yo verdadera devoción: cosido por mí, manuscrito, conmemorador de una fecha nuestra y que no necesitaba explicación literaria alguna” (*Cuaderno 7 (1991-1994)*: 61).

Desde su juventud de aprendiz de poeta, Piñer acostumbró cuidar con esmero la presentación de sus originales, fueran manuscritos o mecanografiados, disponiéndolos según las características de composición de página y tipografía que él apreciaba en los libros bellos. *Ochenta poemas* sigue esta sólida costumbre de cuidar la preparación de sus originales y en cierto modo la culmina.

Bajo las cubiertas de piel que la ennoblecen, enmarcan la selección sendas viñetas de formas arborescentes dibujadas con bolígrafo a dos colores: negro para las ramas y rojo para los puntos que las coronan, como flores. El uso de tintas de colores es uno de los rasgos que declaran el cuidado meticuloso que Piñer puso al preparar el libro. La portada también está compuesta con dos distintas: destaca título y fechas un rotulador azul. En la página de la dedicatoria, la enmarca un trazo verde, empleado luego, en las páginas impares de título de cada poemario para subrayarlo, así como al término de la selección para destacar el rótulo “Índice” (p. 167). Piñer cierra el poema colofón con un grueso punto decorativo del mismo color (p. 158).

El número de orden que antecede al texto de cada poema fue escrito en tinta roja. Un aspa trazada también en rojo remata el texto de los poemas seleccionados tras el último verso (p. 157) y segrega del cuerpo de la antología el breve poema colofón.

Encabeza éste una fecha, como si fuera título de la composición o su data, “12–XII”. La pieza queda fuera del conjunto de ochenta que define el título del libro y no figura en su índice. Todo sugiere que esos escuetos ocho versos, datados en la

víspera del día que Piñer deseaba conmemorar con su regalo, no sólo se añaden a la antología, sino que hacen de ésta su asunto:

Imposible que quepa en un instante  
tanta vida. Qué prisa tiene el tiempo.  
El tiempo llora a veces por nosotros,  
por nuestras lentitudes tan felices.

Estar en pie y no más. Porque ya es mucho  
tener orillas y no edades,  
ser laberinto de la prisa,  
playa para la muerte!

Los dos primeros versos reflexionan acerca de lo ilusorio que es el propósito del libro, pues “tanta vida” jamás cabrá en “un instante”, aunque éste sea el que recuerda y revive gozosamente, el encuentro en que toda ella se fundó. Tampoco cabe, es obvio, en una colección de palabras, incluso ordenadas en versos laboriosamente creados y anotados al correr de tanto tiempo vivido. Pero, por mucho que el tiempo se apresure y la muerte acuda ya, como las olas a la orilla, sólo estar “ya es mucho”, cuando en él desemboca todo lo vivido, celebrado como tal.

El poema colofón, añadiendo así una reflexión a la vida compartida con María Teresa y a la selección de poemas que la celebra, abre el conjunto de elementos que acompañan a la antología y la completan. Lo sigue un “Índice de obra conservada” (pp. 161-163), listado de los escritos que Piñer guardó, que incluye poesía, prosa y cuadernos de anotaciones personales. Ofrece incluso el número de versos de cada conjunto, para completar una especie de inventario meticuloso que enmarca la antología. Viene luego (p. 166) una copia del retrato de Piñer que trazó su amigo el dibujante y pintor Goico Aguirre en 1951, para acompañar a un artículo de prensa (Vázquez Zamora, 1951; véase Piñer 2010b: 60). Es muy probable que el mismo Piñer lo copiara. Cierra el volumen, tras dicho dibujo, el índice de los poemas.

Todos estos elementos, al igual que la lista de “Libros contenidos” que precede a la antología, integran ésta en la creación de Piñer y sitúan *Ochenta poemas* en la obra y en el tiempo de creación que pretendía representar. Es notable la minucia con que Piñer definió tal paratexto para su selección.

En cuanto a la copia de los poemas, Piñer los manuscrió seguidos. Los espaciados entre piezas y entre sus estrofas dejan clara la articulación de los textos. Precede a cada poema un número de orden, que por lo general ocupa una línea anterior a la

del primer verso o la del título, cuando lo hay. La caligrafía menuda de Piñer es firme y se descifra sin problemas, a poco que el lector se habitúe a ella. Aunque manuscrita, la de *Ochenta poemas* es una copia limpia de sus textos.

### Los poemas

El libro, elaborado a partir de las compilaciones de libros y poemas que el poeta tenía preparadas en 1980, documenta el estado de dichas colecciones en esa fecha, que no siempre es el definitivo. En lo que se refiere a los libros establecidos en 1966, la única diferencia notable es que en *Ochenta poemas* los poemas seleccionados de *Acontecer en vano* preceden a los de *Dedicaciones y olvidos*.

Más vacilaciones muestra el material procedente de los dos tomos recopilados en 1980, el tercero y el cuarto. La antología ofrece como título de libro *El puente y Cantos contemporáneos* (p. 115). En el título en página aparte que precede a los poemas, “y *Cantos contemporáneos*” está claramente añadido a posteriori (p. 115). También el título *Los consejos del viento* aparece de modo peculiar: no figura en el “Índice de obra conservada” y en la lista inicial de “Libros contenidos”, aparece inscrito entre corchetes, como si se tratara de una idea provisional.

En cuanto a la distribución de los poemas, hay una diferencia marcada con la que ofrece *Poesía* en 1995. Los nueve que *Ochenta poemas* reúne bajo el título *Primavera distraída* aparecen en 1995 integrados en *El puente*. Y, en contrapartida, cinco de las doce piezas que la antología agrupa en *Los consejos del viento* pasaron a integrarse en *Primavera distraída* en 1995.

Vacilaciones en los títulos de los poemarios y cambios en la asignación de los poemas a cada uno de los tres libros últimos son consecuencia del estado abierto de éstos, que todavía mostró *En resumen* en 1990. Lo mismo vale para el orden de los poemas en cada libro. Las piezas extraídas de los poemarios fijados en 1966 siguen con notable fidelidad el orden de sus libros de origen. Los de los poemarios del periodo posterior muestran que estos no habían encontrado aún su contenido definitivo. Sólo años después emprendió Piñer la tarea de dárselo.

Dado tal estado inacabado de la poesía datada entre 1967 y 1980, el librito representó sin duda un ensayo temprano de ordenación de las composiciones de ese periodo. Algunos tanteos de Piñer en *Ochenta poemas*, como el título *Los consejos del viento*, quedaron incorporados definitivamente a su obra. Algunas dudas quedaron resueltas más adelante. Así, en *Poesía* el único rastro de aquel previsto *Cantos contemporáneos* que Piñer acabó por desechar es la indicación entre paréntesis de que

proceden de dicho libro tres composiciones integradas en *El Puente* (Piñer, 1995a: 517, 519 y 521). Ninguna de las tres figura en *Ochenta poemas*.

En cuanto a la selección de los poemas, es obvio que deja ver cierta preferencia del poeta por las piezas que reunió. Por descontado, dicha preferencia no debe entenderse como un juicio definitivo. Piñer me confesó más de una vez que habría elegido distintos poemas en distintos periodos de su vida. Pero cuando años después, bien avanzada la década de los ochenta, se avino a que yo preparara la edición de una antología de sus poemas, *En resumen*, consideró adecuado que mi selección partiera de la de *Ochenta poemas*. Es claro que la consideraba una muestra adecuada de su creación. A la singularidad emocional del libro se añadió, pues, su significación poética.

Intervinieron también en la elección razones distintas de la calidad de la pieza o del aprecio que el poeta le tuviera. Es el caso cierto de los poemas de *Compromiso primario*. Integran dicho libro tres poemas extensos, y sólo dos de ellos, “Materiales para testar” y “Codicilos”, están representados mediante sendos fragmentos en *Ochenta poemas*. Queda fuera de la antología “La noche más oscura”, poema compuesto en estrofas regulares (41 tercetos) del que no es posible extraer unas pocas sin que el tajo resulte patente. El verso libre y la falta de estructura estrófica de aquellos dos, en cambio, toleran mejor la segmentación. Piñer prefirió no trocear “La hora más oscura”, poema por el que mostró su aprecio en otros escritos (Díaz de Guereñu, 1999: 69).

No obstante, se puede concluir que los poemas reunidos en su libro obsequio contaban entre los que el poeta estimaba representativos de su creación. Indicio de que la selección efectuada para *Ochenta poemas* fue significativa es que un número considerable de ellos encabezan sección en sus poemarios correspondientes, es decir, ocupan en ellos una posición prominente.

También la destinataria del volumen debió de determinar en buena medida su contenido. El amor es sin duda uno de los asuntos fundamentales del universo poético de Piñer, aunque entendido, más que como contacto con el otro, como factor de realización espiritual, que confirma la integridad humana y la soledad esencial que la define. *Ochenta poemas* recoge unos cuantos poemas en que el tú se ofrece como destino y salvación. Pero es llamativo, en la selección, el hecho excepcional de que Piñer escogiera cuatro de los seis poemas que en *Acontecer en vano* integran la sección “Presencia del amor” (Piñer, 1995a: 347, 348, 352 y 354). Con ello subrayó probablemente para su lectora y destinataria la impronta en su espíritu de la larga relación que celebraba con su obsequio.

Por lo demás, es claro que Piñer pretendió que *Ochenta poemas* fuera una representación ponderada de lo que había escrito. Cada poemario está representado por un número equilibrado de piezas, casi siempre entre seis y nueve poemas. Piñer

indica en portada que están escritos entre 1930 y 1980. La fecha inicial parece fruto del deseo de redondear el periodo en cincuenta años, pues según el citado “Índice de la obra conservada”, los más tempranos fueron escritos en el periodo 1927-1936. El poeta compuso, en cualquier caso, una muestra de su creación que se ofrece simultáneamente como prueba de vida de su amor por María Teresa y de su talento poético.

El cotejo de los textos reunidos en *Ochenta poemas* con los que recogió la edición de la *Poesía* de Piñer en 1995 da como resultado una cantidad relativamente reducida de variantes de carácter por lo general menor. No pocas afectan, más que al texto mismo, a su disposición, pues muestran retoques en la puntuación o la distribución del texto en versos y estrofas, aspectos en que las distintas copias de los poemas de Piñer, cuando las hay, suelen documentar vacilaciones frecuentes.

Sólo en una decena de composiciones los cambios afectan al título, que Piñer solía incorporar al poema bien avanzada su escritura. Es un indicio más de que el poeta preparó su antología de regalo con textos definitivos o poco menos.

La mayoría de los cambios consiste en sustituciones léxicas o en algún cambio de orden de las palabras, que cabe atribuir a intención consciente del poeta o a simple descuido al copiar su propio texto. En una carta datada el 10 de febrero de 1991, Piñer explicó de este modo las variantes involuntarias: “Lo que sucede es que cuando el propio autor, tan mal mecanógrafo como escritor, hace una copia, a veces la traiciona sin querer, viniéndosele a la memoria otra versión mientras no mira el original.”

Valga una muestra de dichas variaciones acaso impremeditadas. La versión en *Ochenta poemas* de “Manos de estar dormido y quién sabe hasta dónde”, pieza de *Suite alucinada*, da unos versos 18 y 19 idénticos a los de *En un largo silencio*: “llenos de árboles por el acoso de la memoria / que acucia sin remordimiento al ruiseñor”. En *Poesía*, el poeta recuperó la lectura original de *Suite alucinada* en 1936: “llenos de árboles por el cerco de la memoria / que *acosa* sin remordimiento al ruiseñor” (Piñer, 1995a: 59). La sustitución sucesiva de “cerco” por “acoso” y de “acosa” por “acucia” pudo lo mismo ser intencionada que involuntaria.

Es raro en *Ochenta poemas* el cambio importante, que afecta a una sección de texto significativa y no a una o unas pocas palabras. Y en alguno de los casos más notorios la modificación es achacable también a un descuido del autor y copista. Sucede en el poema número 11, “A la hora en que el sueño”, del libro *Especie de esperanza*, al que le falta una tercera estrofa, que restituyó *Poesía* (Piñer, 1995a: 136). Resulta evidente un fallo en la labor de copia, que se explica probablemente porque las estrofas de dicho poema comienzan todas con las mismas palabras, lo que facilita el salto por inadvertencia al copiar.

Todo lo apuntado es, creo, razón suficiente para considerar con notable prudencia las variaciones más o menos significativas que *Ochenta poemas* ofrece en el texto de

sus piezas. Bastará considerarlo un avatar más de una larga serie de copias y reescrituras y tener en cuenta que se sitúa en un momento en que el poeta empezaba a suponer cerrado el ejercicio de la poesía y tendía a considerar, por consiguiente, que lo escrito debía quedar así.

El librito ofrecido como regalo a María Teresa, en definitiva, importa más porque documenta la preferencia con que el poeta distinguió algunas de sus composiciones que porque sirva para reconstruir un itinerario textual no pocas veces contradictorio y movido por diversos azares y circunstancias. Y es, sobre todo, prenda de un amor largamente disfrutado a su esposa y a la poesía.

## **Bibliografía**

Díaz de Guereñu, Juan Manuel (1999): “La ‘parte de luz’ del poeta: *Notas de lectura* de Luis Á. Piñer”. *Mundaiç* (58): 49-78

Díaz de Guereñu, Juan Manuel (2010): “Cronología”, en *Luis Álvarez Piñer (1910-1999)*. Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 11-52.

Diego, Gerardo (2003): *Epistolario santanderino*. Edición de Julio Neira, Santander: Ayuntamiento.

Piñer, Luis Á. (1990): *En resumen (1927-1988)*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Valencia: Pre-Textos.

Piñer, Luis Á. (1995a): *Poesía*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Valencia: Pre-Textos.

Piñer, Luis Á. (1995b): “Cincuenta años de océano por medio”. En *Posío (Ourense 1945-1946)*. Edición de Luis Alonso Girgado. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 27.

Piñer, Luis Á. / Gerardo Diego (2001): *Cartas (1927-1984)*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Valencia: Pre-Textos.

Piñer, Luis Á. (2010a): *Recordatorio de Ramón Cuesta*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Valencia: Pre-Textos.

Piñer, Luis Á. (2010b): *Acontecer en vano y Siervo del horizonte (Dos poemarios en el archivo de Gerardo Diego)*. Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Valencia: Pre-Textos.

Vázquez Zamora, Rafael: “Poetas españoles. Luis Piñer”. *Tanger: España*, domingo 17 de junio de 1951.